

XXXVIII.

Es la primera vez que me amedrenta
La soledad de un templo, y que me espanta
La voz con que habla Dios en la tormenta.
Siento algo que en la sombra se adelanta:
Algo percibo que en la sombra alienta:
Preso me siento de pavora santa....
Crée mi fé.... aunque mi espíritu flutúa....
Que un misterio en la sombra se efectúa.

XXXIX.

¡El relámpago!.... ¡Dios! ¿quées lo que he visto
En el cuadro de piedra? tengo miedo—
Á la fulgúrea luz creí del Cristo
Ver la figura andar.... mover no puedo
Los pies. ¡Otro relámpago!.... ¡oh resisto
En vano á la evidencia.... el rostro ledo
Volvió hácia mí la imagen.... No respiro
De pavor—Oh prodigio! Yo deliro.

XI.

Esa escultura vive!—una armonía
Imperceptible cási en ella suena,
Que de santa y febril melancolía
El embargado espíritu me llena.
Un incoloro albor de opaco día
Comienza á herir la escultural escena:
Y á su mística luz la piedra inerte
En vision á mis ojos se convierte.

XLI.

Todo en el cuadro escultural se mueve:
Las figuras de piedra se adelantan
Detrás del Salvador, con pié tán leve
Que rumor con sus pasos no levantan
Al marchar por el campo del relieve.
No oso á Jesús mirar, porque no aguantan
Mis pupilas la luz y la belleza
De su gloriosa y celestial cabeza.

XLII.

Del cuadro, trás Jesús, desvaneciendo
Se van del Borgoñon las esculturas,
Y de Jerusalem á él van saliendo
Por la puerta de piedra otras figuras:
Cuya presencia bien aún no comprendo,
Mas de quienes por bustos y pinturas
De relieves, sepulcros y paisajes
Reconociendo voy los personajes.

XLIII.

Cuanto la fé, el valor y la grandeza
De la España á la América eslabona,
Pasa ante mí: la histórica nobleza
Que recibió á Colon en Barcelona;
Fernando é Isabel que á su cabeza
Ciñen ya de ambos mundos la corona;
Y Beatriz Galindo, la Latina,
Entre Guttémborg y Colon camina.

XLIV.

Los monjes de la Rábida, el aliento
De la fé de Colon, de quienes queda
La memoria en el gran descubrimiento:
Juan de Grijalva y Álvarez Pineda,
Modelos de constancia y ardimiento
Con Vespuccio, Solís, Pinzon y Ojeda:
Y el papa que los mares con su mano
Partió, cual Dios del mundo soberano.

XLV.

Luego trás de Cortés los compañeros
De su sin par homérico heroismo.
Las-Casas, con los santos misioneros
Que llevaron la luz del cristianismo
Á la idólatra Méjico: primeros
Mártires del rencor, el egoismo
Y la ambicion fatal de una raquítica
Torpe, y errónea y suspicaz política.

XLVI.

Cárlos quinto, ya monje, del convento
Con el traje claustral, su dinastía
Austriaca tráe en pos, con paso lento,
Torba faz, y mortal melancolía.
Cuantos al trono ó á la fé alimento
Dieron ó gloria á Méjico algun día,
Los obispos, los jueces, los vireyes
Que le dieron fé, paz, gobierno y leyes.

XLVII.

Los mercaderes íntegros y honrados
Que luego, opulentísimos señores,
Fueron en sus incultos despoblados
De ciudades y puertos fundadores.
Los que dieron el nombre á sus estados,
De su vida social los creadores
Dando á las tribus bárbaras indianas
La honradez y la lengua castellanas.

XLVIII.

Todo este lento y silencioso bando
De evocadas históricas figuras,
Se vá sobre el relieve colocando
En lugar de las santas esculturas:
Y un ancho semicírculo formando
Y del paisaje ampliando las anchuras,
Del postigo de piedra el paso franco
Dejan, y en frente de él un cuadro blanco.

XLIX.

Yo no sé qué de horrible me acongoja
Viendo en el cuadro el pórtico judío,
Al que un poder incógnito despoja
De sus figuras, ante mí vacío.
Yo no sé qué de horrible se me antoja
Que va á salir por él: marmóreo frío
Como acceso febril me sobrecoje;
El corazón no late y se me encoje.

L.

Mis pupilas devoran el oscuro
Hueco cancel de la ciudad impia,
Que libre deja en el Judío muro
La evocacion ante la vista mia.
Siento tras él un paso igual, seguro:
De tropa.... héla allí ya.... una compañía
De rifleros.... ¡Dios mio.... yo me pierdo
De ese tren militar tras un recuerdo!

LI.

¡Sueño, vision, delirio.... los antojos
Disipa con que el alma me acongojas!
Sondar me aterra lo que ven mis ojos:
De lanzas y de sables hierros y hojas.....
Rojas divisas.... uniformes rojos....
¡La libréa imperial!.... no... ¡blusas rojas!
¡Forman el cuadro! ¿Quién? ¡delirio insano!
¡Él.... es ÉL! ¡mi infeliz Maximiliano!

LII.

¡Prisioneros con él sus generales
Dentro del cuadro.... Miramon, Mejia....
¡Los últimos.... los únicos leales
Al pendon de la hundida monarquía!
¡Vivos! Fué vuestro afan! ¡Sois liberales
Los que bebeis su sangre á sangre fria!
Él me vé.... me sonrie.... se adelanta
Hácia mí.... me va á hablar ¡víctima santa!

LIII.

Habla, te escucho; que en mi oido suene
Tu simpática voz mansa y serena
Por la postrera vez, aunque me llene....
Aunque me parta el corazon de pena.
Háblame, aunque la vida me envenene
Tu última frase de amargura llena.
Pon fin á la agonía con que luchó:
Habla.... aunque sea un sueño: ya te escucho.

LIV.

MAXIMILIANO.

«Oye: la tierra entera me abandona.
«Dios sea juez de los que á tal abismo
«Me han arrastrado: mi alma les perdona!
«Dios me basta: aquí en paz conmigo mismo,
«La tradicion histórica me abona,
«Acompañame el viejo cristianismo,
«Y asisten á mi muerte desastrada
«La fé y la gloria de la edad pasada.

LV.

«Francia... se hizo á la mar: Roma me olvida;
«Pero pierden conmigo estas regiones:
«La iglesia queda tras de mí vendida,
«Muertas las Européas tradiciones.
«Lo que Méjico mata no es mi vida:
«Lo que á la boca aquí de sus cañones
«Tiene de su república la tropa,
«Es la vida en América de Europa.

LVI.

«Conmigo aquí que su poder abdique:
«De los Hapsburgos hóstia espiatoria,
«Que la posteridad me justifique.
«Ni una palabra tú. Dios y la historia
«Hablarán: deja á Dios que me vindique:
«Mas si vuelve á Carlota la memoria....
«Conocerá tu voz.... dila que muero
«Cristiano, emperador y caballero.»

LVII.

Dijo así: saludóme con la mano;
Tomó lugar entre sus dos leales,
Mejía y Miramon, Maximiliano,
Y ofreció á los fusiles liberales
La noble faz y el corazon cristiano.
Precision militar juntas é iguales
Las armas asestó contra su seno:
¡Fuego!—Dijo una voz—y estalló un trueno.

LVIII.

Sueño, vision, delirio.... á su estallido
 Todo se disipó: letargo breve
 Me embargó: y al volver despavorido
 De él, trémulo de afan miré al relieve.
 Sus figuras de piedra no han perdido
 Su inmóvil posicion: nada se mueve:
 La lluvia cesa, el huracan se calma....
 Queda la tempestad sólo en mi alma.



LIX.

¡Oh leal monarca bueno,
 Que pudiendo tu persona
 Rescatar con tu corona
 Arrojándola á la mar,
 De egoismo ruin ageno,
 De tu buena fé en abono
 Tu cabeza al pié del trono
 Preferistes arrojar;

LX.

Como en Cristo en tí han beñado
 De una ley las tradiciones,
 Y el error de las naciones
 Te arrastraron á espiar:
 Como á Cristo te han llevado
 Á traicion al sacrificio,
 Mas como él en el suplicio
 Encontrastes un altar!

LXI.

¡Santo Mártir! ¡Cuál seria
 De tu espíritu la pena
 Al morir en tierra agena
 Como infame salteador!
 Yo te veo en tu agonía
 Como á Cristo en el calvario
 Espirando solitario,
 De tu raza redentor.

.....

LXII.

De tu crónica funesta
Viva página arrancada
Para dar, por Dios salvada,
Testimonio de tu fé,
Con mi voz desde la cresta
De un peñasco de Castilla,
Como el buho y la abubilla
Las tinieblas turbaré.

LXIII.

Y si al són de sus cañones,
Presa en guerra ya cercana,
Olvidar puede mañana
Europa al Emperador,
En los viejos paredones
De su albergue castellano
Llorará á Maximiliano,
Mientras viva, su lector.

LXIV.

Dios, que libras las naciones
Y las cargas de ódio y yugos;
Dios, que juez de los verdugos
Y las víctimas serás;
Dios que el sello á todo pones,
Yo á tus piés por ÉL orando
No venganza te demando.....
¡Dios, justicia nada más!

LXV.

EPÍLOGO.

Oye, pueblo sagaz, republicano
Que llevas «DIOS Y LIBERTAD» por lema,
Tu Dios es un vil ídolo: en su insano
Furor de Dios tu libertad blasfema.
Tiene la libertad limpia la mano
De oro y de sangre: su equidad suprema
De la equidad de Dios es santa hermana.
¿Es esta libertad la mejicana?

LXVI.

No lo es: tu libertad liberticida
Se ceba en los vencidos, atropella
La libertad que en la conciencia anida
De quien difiere de opinion con ella:
Al que encomienda á su merced la vida,
Por el afan de degollar, degüella:
Y va, cual hiena vil, con el insulto
Á hozar en el cadáver insepulto.

LXVII.

La libertad es generosa: empieza
Por lidiar y vencer; triunfa y perdona:
Sólo acepta del alma la nobleza,
Ódia la tiranía y la destrona.
La tuya les arranca la cabeza
Por quitar á los reyes la corona.
Méjico audaz de regicidio rea,
Si esa es tu libertad ¡maldita sea!

LXVIII.

Oye, Méjico aún: Maximiliano
No tendrá vengadores en la tierra:
Mas deliras si sueñas que tu mano
Le hizo tu prisionero en buena guerra.
No: Dios te le entregó: y es un arcano
De su justicia que en su juicio encierra.
No tienen en la tierra vengadores
Los que cual CRISTO y ÉL son redentores.

LXIX.

Dios de su raza redentor le ha hecho
Y ÉL sus crímenes viejos ha espiado;
Tú, con las balas que le enviaste al pecho,
Cuanto á Europa te liga has fusilado;
Todos los lazos mútuos has deshecho:
Mas tál nudo al romper con tál pecado,
Olvidaste en tu cólera insensata
Que muere á hierro quien á hierro mata.

LXX.

Lo sabes como yo: Maximiliano
Tu corona en las sienes no se puso
Por propia voluntad; ni fué tirano
Ni usurpador en Méjico ni intruso:
Fué á engañarle un partido mejicano
Diciendo que era tu nacion: fué iluso,
Fué víctima: vivió y murió tu amigo:
Y es venganza su muerte, no castigo.

LXXI.

Mas tu odio á Europa te arrastró muy lejos:
Tu libertad con él has fusilado,
Y en lugar de romper tus grillos viejos
Otros grillos más duros te has forjado.
Escuchaste del Yánkee los consejos,
Y del Yánkee en la red te has enredado.
Pues tanto odias tu sangre de Europea....
¡Ójalá seas Yánkee y yo lo vea!

LXXII.

¡Ójalá seas Yánkee y luterana:
Porque para llegar hásta ese dia
Has de arrojar la lengua castellana,
La religion del hijo de Maria,
Y tu ruin libertad republicana
En el vil lodazal de tu anarquía:
Y sin fuerza, sin honra y sin altares,
Entregarás al Yánkee tus hogares.

LXXIII.

Pero el Yánkee jamás será tu hermano,
Ni irá á la par contigo: no lo esperes.
Dueño una vez del suelo mejicano
Se apropiará tus minas y placéres:
Te obligará á sembrar para él tu grano
Y dará á sus colonos tus mujeres,
Porque tu raza india hallará féa....
¡Ójalá seas Yánkee y yo lo vea!

LXXIV.

¡Ójalá pronto tu anexion reclamen
Los Estados-Unidos, pueblo iluso!
Y haz que á su madre en español no llamen
Tus hijos, siervos ya del Yánkee intruso,
Y ódio en la leche de su madre mamen
Al padre vil que en su poder les puso.
Es la ley del talion, nacion ingrata:
Á hierro muere quien á hierro mata.

LXXV.

Desparrama tus hordas liberales
Por tu suelo infeliz republicano:
Y que borren las últimas señales
Que hay en él de Español y de Cristiano,
Borrando en tus banderas nacionales
Tu «DIOS y LIBERTAD» en castellano:
Porque ¡oh nacion de deicidio real
DIOS con tu LIBERTAD no se aparéa.

LXXVI.

¿Un pueblo independiente y soberano
Quieres ser?—el derecho está en tu abono:
Mas eres más sacrilego y tirano
Que el rey peor que se sentó en un trono.
Asesinas al buen Maximiliano
Á la Europa, tu madre, por encono!
Méjico en ÉL de parricidio rea
¿Esa es tu libertad?—¡maldita sea!

